

CAPITULO XV.

De la muerte del emperador Motecuhzuma, salida de México, desgracias y batallas hasta llegar á Tlaxcala.

128. Aunque en todas estas refriegas era el valor de Cortés y sus soldados sin segundo, bien el tezon de la pelea (cuando entre los mexicanos era usanza no pelear de noche, y que habiendo peleado cuatro dias cesaba la guerra), aquí salieron de su costumbre, y que no habia que comer más que doce granos de maíz de racion y poca el agua: los soldados, muchos heridos y no pocos muertos, cercados por todas partes con tanta multitud, que parecia que por cada indio que mataban se aparecian siete. Determinó desamparar á México y amparar sus vidas: envió con Marina á preguntar al señor Motecuhzuma si habia otro rey, y respondió: que estando él vivo, no creía hubiesen hecho eleccion de otro; que si le parecia, saldria al balcon á saberlo, y á que le viesen vivo. Agradeciolo Cortés y fué á verle; y con doscientos soldados, vestido de vestiduras reales, salió acompañado; y Marina

para saber lo que decia, hizo señal; habló en alta voz y le dieron atencion. Díjoles que si peleaban por su libertad lo agradecia; que habia entendido que habian hecho rey, que no creía dejasen á su rey natural, porque sus dioses los castigaria; que él estaba libre, que saldria de allí, que cesasen si le amaban, y que si les enojaban los españoles que se irian. Apénas habló, cuando respondieron con vituperios y empezaron á tirarle piedras y saetas: una le dió en la cabeza y otra en una pierna, y un flechazo en el brazo: asistió á la plática su hermano el de Iztapalapa y el de Texcuco: raro caso! que á quien si le miraba alguno á la cara era tenido por atrevido, apedreando á la persona real le traten sus mismos vasallos como á esclavo!

129. Supo Cortés la desgracia y fué á visitarlo: hallólo más sentido del desacato que de la herida. Reconvínole con el afecto que le tenia: encargóle castigase aquella injuria y encomendóle amparase á sus hijos. Cortés, enternecido, le prometió no faltar en cosa alguna. Rogóle que se dejase curar, porque nada permitia. Diego Muñoz Camargo dice que se bautizó; Gomara dice que por Carnestolendas pidió el bautismo y que lo dejaron para la Pascua por hacer con toda solemnidad bautismo de tal persona, y que con la venida de Narvaez se estorbó.

130. Muerto este grande y magnánimo emperador Motecuhzuma; viéndose cercados, sin basti-

mento y heridos, con continuas batallas, hizo juntar Cortés, y por salvar las vidas se determinaron á dejar á México. Algunos propusieron el riesgo de que quitadas las puentes pudieran todos perecer; y consultado Botello, un astrólogo que habia estado en Roma y pronosticaba algunas cosas que salian verdad (en particular el pronóstico de que si embestia de noche á Narvaez le venceria, como salió verdad), dijo que saliendo de dia perecerian todos, y que saliendo á la media noche escaparían los más, determinaron el salir de noche. Para que se entretuviesen con las exequias los mexicanos, enviaron con un papa un recado, de que dentro de ocho dias se irían; que cesase la guerra; que supiesen cómo ellos habian muerto á su rey; pero no quisieron cesar, y respondieron á Cortés, que les habló, que ni muerto le querían: y por castigar á los demás y meterles miedo; les dieron garrote á los que tenían presos, entre ellos el rey de Tlatilulco, Itzcuahtzin; arrojaron los cuerpos al tegu-tayo, que quiere decir lugar de la tortuga de piedra. Este medio eligieron los españoles para obligar á los mexicanos á temor viendo muertos á sus reyes y á entretenerlos en las exequias para poder salir. Llevaron los cuerpos, al de Motecuhzuma al lugar llamado Copalco, donde le quemaron á su usanza, y al de Tlatilulco los tlatilulcas. Este fin tuvo el mas temido rey que tuvieron los mexicanos, el más valiente capitan de sus ejércitos, el más

rico monarca de su tiempo, el mas liberal señor de los señores, ejemplo de la fortuna variable y de las miserias de la naturaleza humana, sujeta á los vaivenes del tiempo.

131. Con esto, conociendo el riesgo en que estaba, con la esperanza de su propio valor se armaron. Mandó Cortés á su camarero Guzman que abriese la sala donde estaba el tesoro de piedras, oro, ropa y plumería: sacáronlo todo los tlaxcaltecas, y á los oficiales reales mandó que tomasen el quinto de Su Majestad, y les dió una yegua en que lo llevasen, y en ella pusieron los libros de cuentas y relaciones de lo que se habia escrito. Desde que empezaron la jornada mandó publicar que todos cogiesen á su voluntad lo que quisiesen: los de Narvaez fueron los que mas oro cargaron, y así, fueron los que con dificultad se escaparon, y los que por cargar con la riqueza perdieron en el peligro la vida: pidió testimonio al escribano cómo no podia cargar con todo, porque quedó mucho en montones de barras; y dispuesta una puente, que se le encargó á Magariño, para pasar la acequia, que mejor fueran tres para las tres acequias que habia por el camino de Tacuba, por donde determinaron salir por ser ménos los ojos, que por la calzada de Iztapalapa eran siete y por la de Guadalupe mas.

132. Salieron de México con silencio á la media noche: llevaban un hijo de Motecuhzuma here-

dero, y otro hermano con dos hijas suyas, y algunos señores que tenían presos: dió la manguardía á Gonzalo de Sandoval con doscientos hombres; en medio, las indias molenderas, la artillería y el fardaje; la retaguardia á Pedro de Alvarado y á Juan Velazquez de Leon, y él con cien soldados escogidos para las necesidades. Puesta la puente en el primer ojo, que se llamaba Teopantzinco, pasaron los mas con los enfermos á las ancas de los caballos, cuando una vieja que iba por agua los vió y empezó á dar voces: vinieron en un momento tantos indios, que no pudieron pasar la puente al segundo ojo llamado Toltecacaloco, donde no habia mas que una viga angosta. Cortés halló para los caballos paso por el agua hasta la silla, volvió á la viga, donde peleando dió lugar á que pasaran algunos, y fueron tantos los enemigos, que aunque á todas partes acudia, no pudo con la confusion de la noche como quisiera: avisáronle que en el tercer ojo estaba el peligro, y fué á dar ánimo á los soldados: encontró con Alvarado, que le dijo cómo aunque quedaban muchos muertos, habian ya pasado adelante los vivos; tantos, que llenándose la acequia, pasaban por los cuerpos muertos. Alvarado arrimando la lanza salvó la acequia, que aunque era grueso, el aflicto le dió fuerzas á su valor, y hasta hoy se llama el lugar el Salto de Alvarado, aunque Bernal Diaz lo tiene por cuento.

133. Lastimosa desgracia la de aquella noche

triste, que fué á diez de Julio del año de 520: los que iban pareciendo, unos decian socorro, compañeros; los que se ahogaban, que me ahogo; los presos, que me llevan; los que morian, Jesus sea conmigo, misericordia, y todos, Virgen Santisima María; los enemigos mueran, mueran; y todo era grita, confusion, heridas, prisiones y muchas angustias y gemidos: murieron 150 soldados y cuatro mil tlaxcaltecas; cuarenta soldados fueron presos y sacrificados, y mas de ciento que se volvieron al alojamiento, á los tres dias se dieron y fueron sacrificados: murió en la refriega Juan Velazquez de Leon, Francisco de Salcedo, Mota, y Laros, que eran buenos ginetes y soldados; el hijo del señor Motecuhzuma, heredero, Cacama, rey de Tezcucuo, con otros principales que iban presos, y Botello, el astrólogo, que no le valió su astrología. Doña Elvira, la hija de Xicotencatl, con los mas de Narvaez, que por ir cargados de oro no pudieron escapar las vidas: aquí se mostró doña María Estrada valerosa, que olvidada de ser mujer, peleó como amazona varonil, que despues casó con Pedro Sanchez Farfan, y tuvo la encomienda de Tetela del Volcan. Juan Tirado despues de la conquista hizo en aquel lugar una ermita que le intituló de los Mártires, de que hoy no hay memoria, porque mal le vino el título de mártires á los que por la codicia faltaron al valor.

134. Llegaron al romper á Popotla, concertan-

do Cortés en orden á los que habian quedado: no les hicieron los de Tacuba resistencia aunque llevaban tan sin orden el ejército. Volvió hácia atrás Cortés para amparar á los que mas no podian, y pensando le seguirian el alcance, encontró con un soldado que llevaba tres mil pesos de oro, y le dijo: andad y dad al diablo el oro si os ha de costar la vida. Esta noche, saliendo de México innumerables indios de guerra para seguir el alcance, el apóstol Santiago les detuvo como solia; y así, en memoria de esta aparicion, estaba en la calle de Tacuba una imágen pequeña de piedra con Santiago á caballo: Bernal Diaz dice que como era pecador no lo vido: mal podia verlo si iba á toda prisa por librar la vida, y el milagro sucedió en México cuando él iba para Tacuba: esto despues lo declararon los mismos indios, y tambien el que una imágen de Nuestra Señora les echaba tierra en los ojos, y es tradicion constante.

135. Pasaron por una quebrada con alguna resistencia de los de Escapuzalco, que fueron avisados; pero no fué de consideracion: llegaron á Otoncalpolco, lugar de otomites, que es hoy el cerro de Nuestra Señora de los Remedios, donde estaba una torre del campo raso: aguardó allí Cortés á los que venian por los maizales, y aquel dia comieron un caballo. Movió Dios á dos pueblos que allí estaban cerca, Teocalhuiacan y Tliliaquitepec que les trujeron un refresco: llamáronle á este templo

Nuestra Señora de la Victoria, porque daban gracias á Dios de que hubiesen aquellos pocos escapado del peligro, y hoy es Nuestra Señora de los Remedios Toltotepec, cerro de pájaros.

136. Pudiera Dios Nuestro Señor haber librado de la muerte á tantos como libró milagrosamente á pocos, ó pudiera, por los pecados, haberlos consumido á todos; pero permitió su clemencia que se quedasen los mexicanos entretenidos en los despojos y sacar los muertos, porque tenia ordenado que por medio de estos pocos cristianos se dilatasen la fe católica entre gentiles, siendo igual su justicia en castigar á unos para que otros quedasen escarmentados, y en perseverar á estos su providencia para que de esta clemencia que usó con los españoles, procediese su misericordia de convertir á los idólatras.

137. Pasaba á la media noche con 440 soldados y 23 caballos, con 600 tlaxcaltecas: ordenó su jornada llevando en medio los heridos, dándole la vanguardia á Ordaz; él tomó la retaguardia: fueron á Teolcahuacan donde estaba un templo con su torre: en el camino fueron peleando con algunos que se juntaban, avisados de México. Allí reposaron algo del dia, y pasaron á Tepetzotlan donde algunos huyeron y otros los recibieron, y aquí se quedó el hijo de Motecuhzuma escondido, el que despues se bautizó en México en el barrio de San Hipólito, cuyo padrino fué Rodrigo de

Paz, y se enterró en la capilla de San José.

138. De allí pasaron á Citlaltepec, camino de Tlaxcala, y todos desampararon el pueblo de aquí á Xoyotl, cuyos moradores hicieron lo mismo: otro día llegaron á un monte que se llama Aztaquemecan, y en la falda de él, en un pueblo que se llama Zacamolcho, hicieron noche: salian á inquietarlos por los caminos algunos escuadrones, y en una quebrada desbarataron á los que los aguardaban. Un castellano hambriento le comió los hígados á un difunto, y lo mandaba ahorcar Cortés si no fuera por los ruegos de muchos. A Fernando Alonso, que se apartó á comer unas cerezas, le tiró Alonso de Avila una lanzada y le hirió el brazo: todo era necesario para conservarse y porque en apartándose los prendian. A un llano ántes de llegar al monte, salió un indio de gran cuerpo muy galán, á desafiar á los que iban caminando, y no aguardó, porque se retiró con intento de emboscar á los que saliesen. En la grito que les daban les decian que llegaréis adonde todos habéis de morir: no sabiendo la emboscada que armaban, dábanles cuidado si seria Tlaxcala para donde caminaban.

139. Llegaron á un monte llamado Aztaquemecan, á un pueblo llamado Tonan, términos de Otumba, y en la falda al Oriente hicieron noche. Los mexicanos, sin ser sentidos, llegaron á la falda que mira al Poniente: á la mañana, habiendo caminado un buen trecho, salieron los mexicanos con gritaría

y caracoles. Luego que vió Cortés la máquina que cargaba de gente, hizo á los soldados una breve exhortacion, y encomendándose á Dios y á la Virgen dispuso su ejército. Cercáronle por todas partes; y fué tan cruel la batalla, que empezaron á matar indios como moscas, tanto, que los que lo refieren dicen que iban más de doscientos mil. Los tlaxcaltecas peleaban con valor: doña María de Estrada, á caballo y con una lanza, se olvidó que era mujer. Dejó Cortés el caballo, que estaba herido en las ancas y boca, y subió en otro; y viéndose suelto, á coces y bocados peleaba, y hacia notable estrago, y lo hubieron de retirar porque no lo mataban. Despues de cinco horas, viendo que con el valor y continua pelea se desmayaban los soldados, mirando á todas partes divisó á uno que estaba en unas andas ricamente vestido, con una rodela dorada y una bandera que le salia por las espaldas, que era una red de oro de diez palmos, y apellidando á Santiago, dijo: ¡Sígame quien pudiere! y partiendo por medio de los enemigos, derribando á unos con los estribos y atropellando á otros, llegó al capitán Ahuacatzin y le dió un bote que lo derribó en el suelo; y Juan Salamanca, que le siguió en una yegua overa, apeóse y le cortó la cabeza, quitándole el penacho de pluma y oro que llevaba, y alanceando Cortés á los que le asistian. Cesaron al punto de pelear, y con el mismo denuedo que empezó fué la cobardía con que huyeron. Siguié-

ron el alcance breve espacio y quedaron más de veinte mil muertos: el despojo fué de piezas de oro y plumería, y divisas, que se repartieron despues en Tlaxcala, señalándose en valor un capitan de Maxizcatzin, que despues se llamó don Antonio Calmecahua, y vivió ciento y treinta años, que daba razon de lo sucedido.

140. Aunque cansados y hambrientos, alegres y victoriosos se fueron á una casa grande que divisaron, donde pasaron la noche, dando gracias á Dios de que los librase. Aquí dice Bernal Diaz que Santiago fué visiblemente visto por los enemigos, ayudando á los españoles (como despues lo declararon muchos de los que en esta batalla se hallaron, que despues se bautizaron, y en la pintura que hicieron de este suceso lo pusieron), atribuyendo su fuga á este favor del glorioso Apóstol y al estrago que en ellos hacia sin resistencia.

141. A la mañana caminaron por tierra llana; y al subir un cerro hallaron una fuente, donde todos se refrescaron y lavaron, y de allí á Hueyotlipa, lugar de Tlaxcala, donde á la tarde bajó Maxizcatzin y el señor de Huexotzinco con refresco. Diéronle el pésame de sus trabajos y pláceme de sus victorias: consoláronle con decirle que, pues tenia valor, ellos le ayudarían á vengar la injuria, de que se mostró Cortés agradecido. Sacó la red de oro que ganó en la batalla y presentóla á Maxizcatzin, y los capitanes de lo que traían por despo-

jo, que por ser triunfo sobre los mexicanos estimaron mucho. Pesóle á Maxizcatzin de la muerte de Juan Velazquez de Leon y de la su hija Elvira á quien la habia dado, y consolóle con doña Luisa, que los tlaxcaltecas escaparon en las puentes, que era la de Pedro de Alvarado, y dióle el pláceme á Marina de su escape. Despidióse, por ir á prevenir el recibimiento á Cortés, con amor y urbanidad como lo acostumbraba.